

Coincidimos como sector en las lecturas ofrecidas sobre el resultado de las elecciones. La gran novedad de estos comicios se encuentra en la primera vuelta, porque inaugura una nueva geografía política y un nuevo sistema de partidos. Como se ha señalado acá, coincidimos en observar que no estamos ante un nuevo clivaje. Sin embargo, es evidente que la votación de lo que fue el apruebo (o la refundación como señala Altman) sigue agrupada. No se puede decir lo mismo del rechazo, porque aquí el votante del mundo PDG sigue un comportamiento diferente, no se puede agrupar directamente en un bloque derechista, sin perjuicio de que se haya inclinado hacia Kast en la segunda vuelta. Hay allí un desafío de impedir la consolidación de ese bloque. Sin embargo, para un análisis crítico no podemos obviar el hecho de que en las municipales, parlamentarias y en la segunda vuelta nuestro resultado se parece al del apruebo.

El fin del gobierno y el resultado obtenido por José Antonio Kast por fin nos permite abrir una conversación clara sobre lo que ha sucedido en Chile en los últimos 6 años. La derrota del apruebo en 2022 y el resultado de Jara este 2025 no son iguales, pero se parecen. De allí que necesitemos un proceso de revisión profunda. Nuestra última derrota no puede ocultar que desde el 04 de septiembre arrastramos un fracaso. El fracaso implica que nuestras lecturas estratégicas y el modo en que pensamos la política tienen un problema, por lo que nos invita a una revisión profunda y sistemática. Pero, a diferencia de lo que espera la derecha, no se trata de una búsqueda estéril de culpables o arrepentimientos morales, sino de revisar las categorías y las estrategias que nos llevaron hasta acá. No perdimos en esta campaña, fracasamos hace tres años y no fuimos capaces de revertir esa tendencia, pese a contar con el control del ejecutivo y sus recursos. Por lo mismo, más que ofrecer una lectura cerrada, quisiéramos ofrecer algunas preguntas.

Una de las categorías que deberíamos revisar hoy es la de malestar. Desde el año 1998 que la izquierda y la intelectualidad progresista hemos leído en el abstencionismo una crítica al sistema: fue allí donde pensamos que crecíamos. Lo cierto es que los resultados del 4S y del fin de semana nos muestran lo contrario. Nuestro sector representaba a las facciones más activas de la sociedad en su lucha por los derechos y las libertades, sectores que también eran los más activos políticamente.

Pero el malestar como clave de nuestra acumulación tiene otro problema: nos lleva inevitablemente hacia una posición conservadora. Si los individuos tienen miedo y molestia por el acelerado proceso de cambios ¿cómo un proceso que profundice los cambios podría entonces ser convocante para este mundo? Tenemos un desafío crucial allí: entender mucho mejor qué permitió nuestro éxito primero. Nuestra primera autocrítica, entonces, es que leímos desde categorías conservadoras nuestra emergencia y nuestra posibilidad de crecimiento.

Sin la categoría de malestar, el fracaso del proceso constituyente no es el mero resultado de la desconfianza de la ciudadanía con la política. No es la veleidad de una gran franja de la ciudadanía hacia cualquier esfuerzo de institucionalización. Es, por el contrario, el rechazo hacia una propuesta percibida como divisiva, sin capacidad de encauzar el conflicto ni

englobar la mayor cantidad de subjetividades. Aquí el error conceptual fue la defensa de una idea purista del poder constituyente, acompañado de una actitud mesiánica de las izquierdas. No quiero con esto decir que toda la izquierda entró en esa dinámica, pues me consta que nuestros constituyentes evitaron el mesianismo. Sin embargo, el respeto por el poder constituyente como una fuerza pura, representante del pueblo y su malestar, nos impidió intervenir a tiempo para lograr una constitución capaz de contener el conflicto político en sus instituciones, no de generar una externalidad radical con la mayor parte de los actores de la política y la sociedad. Este fue un error de los partidos y del gobierno, pues sus futuros estaban atados.

En ese marco, desde el 04 de septiembre en adelante, a la inversa de lo que nos han hecho querer creer los sectores conservadores, el gobierno ha sido el espacio más sólido de proyección de nuestro sector. No podemos negar que tanto el gobierno como la constituyente son primos hermanos del estallido social. No somos, ni fuimos ni seremos el estallido porque era una explosión. Pero estamos emparentados. Por lo mismo, ante ese fracaso, el gobierno se convirtió en una tabla de salvación. Pero esa tabla tuvo enormes dificultades para replantearse en un nuevo horizonte estratégico y allí no logramos dar vuelta el escenario. En ese camino, nos quedó una notable gestión en temas como delincuencia y control de la inflación -más allá de la discusión sobre si esto es o no una prioridad para la izquierda-, reformas progresistas limitadas por las crisis y la minoría parlamentaria. Podemos decir con orgullo que hoy tenemos una reforma de pensiones, 40 horas o el copago cero. Muchas gracias compañeros y compañeras

Palabra agrupada

Óscar Aguilera

Ximena Peralta

Florencia Olate

Juan José Moreno

Gabriel Rojas